

Fuera de juego

Sergi Belbel

Fuera de juego

Sergi Belbel

Personajes:

ANNA, cuarenta y siete;

POL, cincuenta y tres;

LISA, dieciocho;

JOSEP, ochenta y dos.

RICKY, treinta y cinco.

Espacio:

Casa de Anna.

Casa de Josep.

Tiempo:

2009

Nota:

Es deseable que no se produzcan pausas ni transiciones entre las escenas.

1.

ANNA: ¿Por qué motivo?

POL: La crisis.

ANNA: Ya. ¿Y cuánto te recortan del sueldo?

POL: El treinta por ciento.

ANNA: ¡¿Qué?!

2.

JOSEP: No tengo hambre.

RICKY: Ningún problema.

JOSEP: ¿Qué haces?

RICKY: Me lo llevo a la cocina. Ya comerá más tarde.

JOSEP: Sí, hombre. Trae eso para acá, nene.

RICKY: No me llame nene.

JOSEP: ¿Y cómo quieres que te llame?

RICKY: Por mi nombre.

JOSEP: ¿Y cómo te llamas?

RICKY: ¿Cómo? Si se lo he dicho mil veces.

JOSEP: Y mil más que me lo tendrás que repetir.

RICKY: Ricky.

JOSEP: ¿Ricky? ¿Qué nombre es ése?

RICKY: Uno como cualquiera.

JOSEP: Eso ni es un nombre ni es nada. Es de película americana. El Rambo ese que
hacía de boxeador.

RICKY: Era Rocky. No Ricky.

JOSEP: Qué más da. Me duelen los pies. Dame un masaje. ¿Qué haces? ¿Por qué
me quitas las zapatillas?

RICKY: ¿No dice que quiere un masaje?

JOSEP: No. Lo que quiero es comer.

3.

LISA: Traigo las notas de fin de curso.

ANNA: ¿Y qué?

LISA: Matrícula de honor.

ANNA: ¿De qué asignaturas?

LISA: De nota media.

ANNA: Me siento tan orgullosa de ti. Eres increíble. Consigues siempre todo lo que te propones. Tu padre va a dar botes de alegría. Déjame darte un beso. Ya tienes lo que deseabas. Estoy tan emocionada. ¡Te vas a los Estados Unidos a ampliar tus estudios! ¿Sabes lo que significa? Nunca más volverás aquí. Déjame darte más besos. Ay, perdona que me ponga a llorar. Te echaremos tanto de menos. Pero nos das tanta felicidad que eso lo compensa todo.

LISA: Espero que vendréis a verme por lo menos dos veces al año.

ANNA: Por supuesto. Y nos presentarás a todos tus amigos. Gente como tú, con tus mismas inquietudes y aspiraciones, tu misma manera de pensar la vida... Gente que te endenderá realmente. Por fin... Lisa...

LISA: Mamá. No llores.

ANNA: Perdona... Tenemos que preparar una buena cena para decírselo a tu padre. Ay... Soy tan feliz que no puedo pensar que esto sea verdad. Ven aquí. ¿Qué haría yo sin ti?

LISA: Pero, ¿por qué lloras, mamá? ¿Es de felicidad?

4.

ANNA: No. De rabia.

LISA: Mamá, ¿por qué me miras así?

ANNA: ¿Sabes que si no existieras, creo que yo ya me habría vuelto loca?

LISA: ¿Qué dices, mamá?

ANNA: ...¿Que si no puedo darte lo mejor, no lo resistiría?

LISA: Mamá, basta.

ANNA: ¿Sabés qué haría si supiera que no vas a ser feliz en la vida, que no vas a poder tener el futuro que te mereces?

LISA: ¿Qué?

ANNA: Arrancártela. Quitártela.

LISA: ¿Arrancarme el qué?

ANNA: La vida.

LISA: ¡Ahhh! Mamá, em me haces daño... quítame las manos del cuello... me estás ahogando... estrangulando... me... mamá... mamá... me... me... ahog...

ANNA: Muérete. Muere. Ya está. Tranquila. Descansa. Muy bien. Ahora sí sé seguro que ya no sufrirás. Pequeña. Vida mía. Mi vida.

5.

POL: He ido a ver a Jan.

ANNA: ¿Sigue ingresado todavía?

POL: Sí.

ANNA: ¿Se encuentra mejor?

POL: No.

ANNA: ¿Has hablado con su mujer?

POL: Sí. Se divorcian. Ha metido las cosas de Jan en una maleta y se la ha llevado al hospital. Le ha prohibido poner los pies en casa.

ANNA: Por fin.

POL: Ah. ¿Te parece bien?

ANNA: No me parece ni bien ni mal. Me parece normal.

POL: Pues a mí no. Y menos, ahora. Ya es su segundo intento de suicidio. Sólo le faltaba eso. Pobre Jan.

ANNA: Pobra Laura, perdona.

POL: Como si ella fuera una santa...

ANNA: Una santa no lo sé, pero una mártir, sí.

POL: ¿Por qué?

ANNA: Por aguantar tanto tiempo a un hombre como él.

POL: ¡No se puede hablar contigo, de verdad!

ANNA: Eh. Eh, ¿a dónde vas? ¿Se puede saber qué he dicho? Estás fatal, ¿eh? ¡Fatal! Ya has vuelto a estropearlo todo. Tan bien que lo estábamos celebrando. Y has tenido que sacar el tema de Jan. ¿Por qué, si puede saberse? Estábamos hablando del futuro de tu hija. ¡De nuestra hija! No sé qué pinta aquí la depresión de Jan, sus problemas con Laura y su divorcio. En serio. Hacía años que esperábamos este día. Creía que ahora que la niña se ha ido a dormir, nos quedaríamos tú y yo solos, hablando de todo lo que nos espera, de las cosas maravillosas que vamos a vivir a partir de ahora gracias a ella, que haríamos planes. Claro que me da lástima tu amigo Jan. Mucha. Pero hoy no tocaba hablar de él, Pol. Hoy, no. Hoy tocaba hablar de nosotros.

6.

JOSEP: No quiero verla

RICKY: Ya está subiendo.

JOSEP: Pues le das una patada y que se vaya rodando escaleras abajo. He dicho que no la quiero ver.

RICKY: ¿Quiere que le diga que no quiere verla?

JOSEP: No quiero que le digas nada. No le abras la puerta y se acabó.

RICKY: Pero si tiene llaves.

JOSEP: ¿Tiene llaves? ¿Y quién se las ha dado?

RICKY: ¿No es suyo este piso? Es normal que tenga las llaves de su casa, digo yo, ¿no?

JOSEP: Este piso es mío. Echa el cerrojo.

RICKY: No lo voy a hacer.

ANNA: Hola.

JOSEP: Hijita, cariño mío, ven, acércate, dame un beso.

ANNA: Tienes buen aspecto, papá. Toma, la correspondencia. Hay una carta certificada. Me acabo de encontrar al cartero en el portal y he firmado yo. ¿Qué tal, Ricky, cómo va todo?

RICKY: Bien, bien.

JOSEP: Rocky es un buen chico. No sé cómo podría vivir sin él. Me da unos masajes tan buenos. Y cocina de maravilla. Cuántos días sin verte, hija. Estaba tan deprimido. Cuanto más tiempo estás sin venir a verme, más aumenta mi depresión. ¡Qué mala cara tienes! ¿Ya comes bastante?

ANNA: Sí, papá, sí.

JOSEP: ¿Y la niña? ¿No viene contigo?

ANNA: Ha ido a presentar la solicitud para la beca. Se va a los Estados Unidos. Por fin. Suerte de las ayudas del Gobierno. No tenemos ni un céntimo. Y ahora, menos todavía, con esta famosa crisis de mierda. En la empresa de Pol han hecho planes de prejubilación y a él le ha ido de un pelo. Pero le han recortado el sueldo prácticamente a la mitad. En mi tienda, las ventas han caído en picado y yo también me veré obligada a despedir a un par de dependientas. Si no le dan la beca a Lisa, nos morimos. Me ha dicho que te dé un beso de su parte.

JOSEP: Se la concederán. ¿Sabes, Rocky? Mi nieta Lisa siempre ha sido la primera de la clase. Tendrá todo lo que desee en la vida. Todo.

ANNA: Ojalá. ¿Y la carta? ¿No la abres?

JOSEP: No. Ya lo haré más tarde. Ah, Anita, cielo, sobre todo no te olvides de dejarme dinero para los medicamentos.

ANNA: ¿Cómo?

JOSEP: Rocky ha ido a buscar las recetas. Las tiene ahí, pero no puede ir a la farmacia porque ya no nos queda dinero. Con la compra de la semana, ha volado. Ya ves tú. ¿No sabes cómo están ahora los precios?

ANNA: Sí. Lo sé perfectamente. Perfectamente.

7.

POL: No sé qué hacer para ayudarle.

LISA: Si le has ayudado toda la vida.

POL: Pero ahora es cuando más me necesita. Laura le ha dejado. Oh. Oh.

LISA: ¿Qué?

POL: Y pensar que a mí me podría haber pasado lo mismo. Por un año y pocos días...

LISA: Por un año... ¿qué?

POL: Jan acaba de cumplir los cincuenta y cinco. ¿Cuántos tengo yo?

LISA: ¿Cincuenta y tres?

POL: El mes que viene cincuenta y cuatro. Por un año y un pelo me he salvado.

LISA: Pero tendrá una pensión. Podrá hacer lo que le dé la gana. Dedicar el tiempo a lo quealmente le guste. De pende de cómo lo mires, es una suerte.

POL: La pensión no le llega ni al cuarenta por ciento del sueldo que tenía. No podrá hacer lo que le dé la gana sino lo que le permita la miserable pensión que le queda. Es increíble: cincuenta y cinco años, un cuerpo todavía sano y fuerte, más de un tercio de vida por vivir y por culpa de una mierda de situación global provocada por los que mueven los hilos de todo este follón, ya te han condenado a morir. Un tercio de tu vida te lo pasas durmiendo, otro tercio te lo pasas estudiando y trabajando, y el otro muriendo lentamente. Y los tres tercios te los pasas intentando descifrar si todo esto tiene algún sentido. Oh. Oh.

LISA: Lo ves todo demasiado negro. ¿Qué te pasa realmente, papá?

POL: No sé cómo decirle a tu madre...

LISA: ¿...?

POL: Acabo de prestar dinero a Jan. Entre la prejubilación y el divorcio, se ha arruinado. Y antes de que lo vuelva a intentar...

LISA: Que vuelva a intentar... ¿qué?

POL: Nada..

LISA: ¿Cuánto dinero le has dejado?

POL: Todo lo que tenía ahorrado.

LISA: Papá.

POL: Me sentía... Jan era el mejor trabajador de la empresa. Mejor que yo y que todos esos meritorios que han entrado últimamente, que son unos niños arrogantes. Es injusto. Por poco más de un año me he salvado. Y él, por un par de meses de

nada, se ha condenado. Me siento... culpable. ¿Cómo se puede entender una cosa tan absurda?

LISA: Es la crisis. Provoca este tipo de situaciones absurdas, pero necesarias, supongo. La cuestión es si dejar todos tus ahorros a Jan, ahora que encima te han recortado el sueldo, era realmente necesario.

POL: Lo era. Lo es.

LISA: Para que siga considerándote su mejor amigo, seguro que sí.

POL: ¿Qué dirá mamá cuando lo sepa?

LISA: Se pondrá a gritar, supongo. Te dirá de todo. Que por tu amigo del alma haces cosas que no haces por tu propia familia. Que eres un mal marido y un mal padre.

POL: ¿Tú también lo piensas?

LISA: Que eres un mal marido, no lo sé. Que eres un mal padre, sí. A veces.

POL: ¿Cuándo, por ejemplo?

LISA. Ahora. Ahora mismo.

8.

ANNA frente al espejo:

Anna.

¿Qué haces? ¿Dónde estás? ¿A dónde vas?

Mírame a los ojos.

Mírate la cara.

Deja de mentirte.

Ya no puedes disimular más tus arrugas.

Te acercas al punto de no retorno.

Acepta que has dejado ya de ser observada.

Anna.

¿Qué esperas de la vida a estas alturas?

¿Procurar la felicidad de tu hija y nada más?

¿La beca lo resolverá todo? ¿Seguro?

¿Con eso será suficiente?

¿Y ella? ¿Estará a gusto fuera de casa, tan lejos de su familia?

¿Y tú?

¿No tendrás demasiado tiempo cuando ella ya no esté?

¿Tiempo para pensar, para obsesionarte?

¿Para ver cómo tus arrugas se van haciendo cada vez más y más visibles?

La tentación de odiarla es grande.

Ella despega, yo aterrizo.

Si te miras demasiado al espejo, acabarás queriendo inyectar el veneno en la manzana.

Pero no.

Es carne de mi carne, vivo dentro de ella. Si ella despega, yo despego.

No puedo aterrizar todavía, le impediría volar y la obligaría a realizar un aterrizaje forzoso.

Imposible.

Por lo tanto,

deja de mirarte.

Rompe el espejo.

Mientras alguien te necesite, no hay problema.

Anna.

No envenenes la manzana.

Envenena a la bruja.

9.

Ricky, al teléfono.

Josep ha abierto el sobre. Lee una carta.

Arruga el papel, furioso, y lo tira al suelo.

Ricky termina de hablar. Cuelga. Ve la bola de papel en el suelo. La coje.

JOSEP: ¡No la tires! Dame.

RICKY: ¿Malas noticias?

JOSEP: ¿A ti qué te importa? ¿Y tú? ¿A qué viene esa sonrisita? ¿Buenas noticias?

RICKY: Sí. Mi hijo ha superado las pruebas de acceso a la escuela de fútbol más importante de mi país. Todavía no ha cumplido los diez años. Con un poco de suerte en tres o cuatro años conseguiremos un contrato en una cantera de algún buen club europeo. Es cuestión de tiempo y de paciencia. El dinero que he ido mandándole me ha permitido pagarle las clases particulares con Flores, un buen entrenador de jóvenes promesas. Ha aprendido mucho en estos dos años con Flores. Y gracias a él ha podido entrar en esta escuela. Yo sabía que el esfuerzo merecía la pena. Valía la pena el sacrificio que he hecho por él. Hace dos años que no veo a mi niño, ¿sabe? Se ve que ha crecido mucho. Y más que va a crecer. Mi hijo va a darme muchas alegrías, ¿sabe usted?. Me sacará a mí y a toda mi familia de la miseria. Lo sé. Siempre lo he sabido. Paseará mi nombre por todo el mundo y el mundo entero le adorará. Para entonces, yo ya habré regresado junto a él y nada volverá a separarnos.

JOSEP: Si eso llega a ocurrir algún día, yo no lo veré. Me alegro en el alma por ti y por tu familia, de verdad, es emocionante comprobar cómo todavía existe alguien en este mundo capaz de sentir un amor tan incondicional, convincente e ingenuo por alguien; pero, como puedes suponer, a mí, el futuro de tu hijo, me da igual. No lo voy a vivir. Llévame al váter, que me estoy cagando. Creo.

10.

POL: Cálmate, por favor.

ANNA: No me da la gana. Ahora mismo te pegaría, de verdad, me encantaría hacerte daño, mucho daño.

POL: Hazlo. Si eso te tranquiliza y hace que dejes de gritarme, pégame, por favor.

ANNA: ¡Pero, ¿qué has hecho, Pol?! ¡¿Cómo no me has consultado algo así?! ¡Ve a ver a Jan inmediatamente y le dices que te has equivocado, que te devuelva el dinero, que nosotros también tenemos problemas, que ahora nuestra hija...

POL: No compares, por favor. Él ha estado a punto de morir.

ANNA: ¡Y una mierda! Él ha vuelto a hacer contigo lo que ha hecho toda la vida: chantaje emocional. Lo que no me cabe en la cabeza es que después de tantos años de conocerle, aún te hayas dejado engatusar de esa manera. ¡Qué rabia, mierda, qué rabia! ¡Jan es un vampiro, Pol! Y te has dejado chupar la sangre por él justamente ahora, cuando lo que deberías haber hecho es... es... justamente una transfusión de tu sangre a tu hija, por decirlo así. ¡Ah! ¡Oh! ¡Sí que tengo ganas de pegarte, sí, muchas ganas, muchísimas! Ah. Ah. Ahhhh.

POL: Ay. Ay. Ay. ¡Para, por favor, para, que me haces daño!

ANNA: Estoy harta de ti y harta de Jan y harta de mi padre y harta de todos los hombres que me rodean. Sois un atajo de miserables, cobardes, ridículos, patéticos, que no tenéis más remedio que juntaros y protegeros los unos a los otros y daros golpecitos en el hombro para sobrevivir en este mundo que se os escapa cada vez más de las manos. Ojalá la ciencia acabe confirmando que podemos prescindir de vosotros para engendrar hijos. El día que eso ocurra, la humanidad dará el paso definitivo hacia una especie más justa, más honesta, más libre, más perfecta. Sin espadas, ni pistolas, ni puñales tras los cuales ocultar vuestra cobardía. ¡Sin pollas, vaya! Haz algo inmediatamente para arreglar lo que acabas de estropear, Pol. Busca un trabajo nuevo con un sueldo mejor. Si a Lisa no le conceden la beca, no tendremos dinero para poderle pagar los estudios en los Estados Unidos y destrozaremos su futuro y a mí me amargarás la vida que me queda. Por tu culpa. Porque te has conformado toda la vida sólo con lo que ya tenías. Si no fuera por mi trabajo, mi dedicación constante, mis aspiraciones, ni esta casa, ni esta ropa que llevas puesta, ni la comida que comes cada día, ni tu hija querida existirían.

POL: ¿Dónde quieres que encuentre un trabajo, a mi edad, y tal como está ahora la situación?

ANNA: Cállate. Cállate, por favor. No me dirijas la palabra en toda esta semana como mínimo. Te he pegado, pero aún no me he calmado. Si siguiera pegándote y me dejara llevar, no pararía hasta comprobar que ya no respiras.

POL: ¿Qué quieres que haga para cenar?

ANNA: Lo que te dé la gana. Tú mismo. Yo no ceno.

POL: Anna, por favor. ¿A dónde vas?

ANNA: Al cine.

POL: ¿Al cine? ¿Ahora?

ANNA: Sí, al cine, al cine. Seis euros. Déjame que me gaste los seis euros que nos quedan en algo que me haga feliz antes de sepultarme definitivamente en la tumba oscura en la que va a convertirse nuestra vida a partir de hoy.

POL: ¡Ja, ja, ja!

ANNA: ¿De qué te ríes?

POL: De las tonterías que llegas a decir cuando te descontrolas.

ANNA: ¿Cuándo me descontrolo? Me parece que en los más de veinte años que llevamos juntos, todavía no me has visto realmente descontrolada. Y yo de ti rezaría para que no tengas que verme nunca así. Adiós. Me voy a ver la última de Spielberg. Espero llorar y reír a partes iguales. Ojalá no haya demasiada gente en el cine. Tanto si río como si lloro, estoy convencida de que voy a montar un buen escándalo. Cuando vuelva, espero encontrarte durmiendo. Y si no duermes, lo finges. No me apetecerá comentarte la película. No me apetecerá dirigirte la palabra. No me apetecerá mirarte a la cara. No me apetecerá tocarte y menos aún que me toques. Llegaré a casa con la emoción que me habrá provocado la película y sólo querré conservar esa emoción dentro de mí el máximo tiempo posible. Una palabra tuya, una mirada, un gesto tuyo, o una respiración demasiado fuerte me devolvería a la realidad y entonces volvería a pegarte hasta límites inimaginables. Que sea buena la película, por favor. Que sea buena y pueda recordarla toda la vida.

POL: Te quiero.

ANNA: No me falles, Spielberg. No me falles.

11.

LISA: No me han concedido la beca, abuelo. No me atrevo a ir a casa. No sé cómo reaccionará mamá. Tampoco sé muy bien cómo debo reaccionar yo misma. ¿Me dejas que me quede contigo un ratito?

JOSEP: ¿Qué te han dicho tus amigos?

LISA: Nadie sabía que había solicitado esta beca. Sólo papá y mamá.

JOSEP: Vaya. ¿Y cómo puedo ayudarte yo, Lisa, amor mío?

LISA: No te preocupes, abuelo. Si no voy a estudiar a los Estados Unidos, estudiaré aquí. Tampoco es tan grave.

JOSEP: Sí que lo es. Aquí serás la mejor pero nadie lo sabrá jamás. Y si no tienes amigos de verdad es porque todos los que te rodean son una sarta de mediocres. Tienes que irte. Y te irás. Aquí no te quedas. Los mediocres empezarán a ponerte trabas para impedirte levantar la cabeza y destacar en lo que sea. ¿Verdad que no quieres ser futbolista?

LISA: No. ¿Por qué?

JOSEP: Sólo alguien que quiera ser futbolista tiene que quedarse aquí o cerca de aquí. Tú quieres ser científica, ¿no? Pues o a los Estados Unidos, o nada.

LISA: Pues no voy a poder ir.

JOSEP: Por supuesto que sí. Ya se le ocurrirá algo a tu madre. No tengas miedo.

LISA: Pues sí tengo miedo, sí. Sobre todo de lo que se le pueda ocurrir a mamá.

JOSEP: ¿Tú quieres ir a los Estados Unidos?

LISA: Claro que sí.

JOSEP: *(Pausa.)* Irás.

LISA: Pero... desde hace unos días, lo veo tan complicado que empiezo a pensar: tal vez no sea buena idea, con las notas que tengo puedo optar a cualquier universidad de por aquí, y en casa estoy bien, con papá y mamá...

JOSEP: ¡Basta, basta! ¿Desde cuándo estás bien "con papá y mamá"? ¿Eso es lo que quieres? ¿Acabar como ellos: unos burgueses conformistas vulgares y corrientes más preocupados por llegar a fin de mes que por las cosas realmente importantes de la vida? Quiero mucho a tu madre, cariño, pero por suerte no os parecéis en nada. Y si te quedas aquí... dentro de pocos años te veo histérica perdida toda la semana esperando que llegue el sábado para ir de Ikea a Mango pasando por Nespresso y por todas las tiendas del Bulevard Rosa comprando chorradas como una posesa para calmar tu frustración, que es lo que hace ella.

LISA: ¡No, por favor! ¡No! ¡Qué horror! En eso, me parezco tan poco a mamá...

JOSEP: En eso y en todo. Ella ya no tiene arreglo. Es así y ya está. Pero tú... aún estás a tiempo, mi vida. Te irás de aquí.

LISA: Gracias, abuelo. ¿Dónde está Ricky?

JOSEP: ¿Quién es Ricky?

LISA: Abuelo, por favor. El hombre que te cuida.

JOSEP: Ah. Rocco. ¿Para qué lo quieres saber?

LISA: No lo sé.

JOSEP: ¿Te gusta?

LISA: ¿Cómo?

JOSEP: ¿Por qué preguntas por él?

LISA: Por... no sé... Para que me cuente cosas de su familia, de su país... Para distraerme.

JOSEP: Rocco es muy aburrido cuando se pone a hablar de esas cosas. Siempre acaba hablando de fútbol.

12.

RICKY: En nuestro país, el fútbol es la única meta posible. La única ventana tras la cual puede divisarse un futuro esperanzador. Es cierto que sólo un tanto por ciento ridículo de la gente que se dedica al fútbol, un cero coma cero cero cero cero uno por ciento, o menos, llega a ver su sueño convertido en realidad: un contrato multimillonario en un club europeo que te solucionará para siempre tu vida y la de toda tu familia. Uno entre miles. Entre millones. Esta pequeñísima probabilidad no hace desistir a los chavales y a sus familias en la lucha por conseguirlo. Al contrario. Hace que la lucha sea más feroz. Más pasional. Porque es necesaria. Y justa. Los héroes del mundo occidental ya no necesitan un linaje aristocrático para alcanzar la gloria. Proviene de barrios marginales, insalubres, de gente pobre e inculta. Sólo existen el talento y las oportunidades. Talento para dominar la pelota. No es fácil. No todo el mundo está dotado para ello. El dominio de la pelota es un arte reservado a una inmensa minoría para el deleite de la inmensa mayoría. Un hombre corre y da patadas a un objeto redondo por un campo. No está solo. Tiene nueve compañeros con los que traza estrategias, con quienes se combina para alcanzar un simple y único objetivo: introducir la esfera en el interior de una zona muy concreta del campo, delimitada por tres palos. Tiene a diez personas más ante sí que se combinarán para intentar impedirlo. Los brazos y las manos no sirven para casi nada. Sólo para coger impulso al correr. Las manos casi molestan. Pueden llegar a ser un estorbo. Las manos humanas, que crean cosas, que manipulan teclados de ordenador, que ejecutan

la mayoría de trabajos mecánicos, técnicos, artísticos en todas las fábricas y demás empresas del mundo entero, las manos que firman contratos, que mueven los hilos, que hacen sonar una orquesta, que pueden decidir tan sólo apretando una tecla el destino de sociedades enteras, aquí no sirven para nada. Sólo le son útiles al undécimo compañero, que custodia en su soledad la frontera de tres palos. Y eso es lo verdaderamente extraordinario. Un deporte y un espectáculo que penaliza las manos. La batalla se libra sólo con las piernas y la cabeza, interior y caparazón: el cerebro para coordinar los movimientos y saber situarse estratégicamente, en relación al campo y al resto de compañeros, y el cráneo para rematar. Patadas, cabezazos, y a correr. Y mientras tanto, miles y miles de personas gritando a su alrededor. Chillando, cantando, extasiándose, lanzando alaridos de placer cuando un jugador de tu equipo mete la pelota dentro de la red. Qué cosa más absurda, ¿verdad? De golpe, una multitud de gente, seguramente infeliz, desesperada y harta de su existencia rutinaria, emite al unísono un grito desgarrador de placer porque un joven introduce de una patada o de un cabezazo una bola blanca entre tres palos. ¿Cuál es la relación exacta entre una cosa y la otra? ¿Te has parado a pensarlo alguna vez?

LISA: No.

RICKY: ¿Qué pensaría un extraterrestre si aterrizara un domingo en un estadio justo en el momento en que un jugador marca un gol y da la victoria a su equipo en una final?

LISA: Que los humanos estamos locos. Que somos simples. Primitivos.

RICKY: No. Que somos complicados. Extravagantes. Sofisticados. Se quedaría boquiabierto al comprobar que la felicidad colectiva no es un concepto sino una realidad física: miles y miles de personas excitadas, abrazándose, llorando de alegría, intercambiando impudicamente sudores, salivas, secreciones, olores; y se quedaría más boquiabierto todavía al darse cuenta de que esa ola gigante de placer compartido sólo la ha provocado algo tan nimio, abstracto y absurdo como una bola blanca atravesando una línea entre tres palos.

LISA: No. No es exactamente así. Sin la rivalidad del otro equipo, que la pelota entre en la portería no provocaría nada. La felicidad colectiva sólo se produce porque los que consideras tuyos ganan a los contrarios. Es la guerra. O una simulación de la guerra. ¿Puedo hacerte una pregunta?

RICKY: Sí.

LISA: ¿De qué trabajabas, en tu país?

RICKY: Era profesor de secundaria.

LISA: ¿De qué asignaturas?

RICKY: Bueno... un poco de todo... historia, literatura, filosofía...

LISA: ¿Tantas cosas?

RICKY: Ya ves... Para el caso que me hacían los alumnos...

LISA: ¿No te gustaba dar clases?

RICKY: No. Nada. ¿Esa era la pregunta que querías hacerme?

LISA: No.

RICKY: ¿Cuál era? ¿Cuál es?

LISA: ¿Te gustaría hacer el amor conmigo?

RICKY: No lo sé. Sí. Me gustaría. Supongo. Eres... diferente. Y... bonita. Me gustaría.
Sí. Pero no lo haré.

LISA: No pienses mal de mí, no te estoy proponiendo nada.

RICKY: Entonces, ¿por qué me lo preguntas?

LISA: No lo sé. Te gustaría pero no lo harás. ¿Por qué?

RICKY: No pienso traicionar a la madre de mi hijo.

LISA: Ja ja ja.

RICKY: ¿Qué pasa?

LISA: Huy, perdona. Primero, que me ha hecho gracia que a tu mujer la llares "la madre de mi hijo". Y, segundo, porque si hicieras el amor conmigo, no sé por qué se iba a enterar tu mujer, si se encuentra a miles de kilómetros de distancia.

RICKY: Un momento. No te confundas. La madre de mi hijo no se encuentra a miles de kilómetros de distancia. Está a dos metros de ti. Porque está aquí, dentro de mi cabeza. No es broma. Le hice esta promesa cuando me fui de allí para venir a trabajar aquí. Te llevaré en mi cabeza. Cuidado pues con lo que dices y lo que haces, porque si se enfada, saldrá por mis ojos, por mi nariz, por mi boca o mis oídos, te estirará de los pelos hasta dejarte completamente calva, te arañará la cara y te arrancará las orejas a mordiscos. Y entonces dejarás de ser una chica

interesante porque te habrás convertido para siempre jamás en un monstruo indeseable.

LISA: Ja ja ja. Estás completamente loco.

RICKY: Voy a despertar a tu abuelo de su siesta. Es la hora de la merienda.

LISA: Espera. Dí a tu mujer que salga de tu cabeza un momento. Preséntamela. Me gustaría conocerla.

RICKY: Hoy no. Otro día, ¿vale?

LISA: Vale. ¡Espera, espera! ¿Puedo... puedo hacerte otra pregunta?

RICKY: Pues... no sé qué quieres que te diga...

LISA: Es de fútbol.

RICKY: Ah... Si es de fútbol...

LISA: ¿Podrías explicarme qué es exactamente el... “fuera de juego”? Me lo han explicado un montón de veces y... y mira que soy lista, ¿eh?, pero no lo he entendido nunca. Nunca.

13.

POL, *frente al ordenador, con los auriculares puestos:*

¿Con muebles y todo? Qué bien.

¿Y cuánto pagas de alquiler?

Ah.

No, no está nada mal. Pero tampoco es una ganga.

¿No has encontrado nada más barato?

Ya.

A ver qué día me lo enseñas.

No, esta semana me va fatal.

Jan.

Oye, Jan, necesito...

Es que mi hija...

Jan. Tengo problemas en casa.

Sí, ya sé que comparado con los tuyos, los nuestros no son nada, pero...

Tenemos un problema. Si no lo resolvemos ya, quien acabará suicidándose de verdad voy a ser yo.

Jan, ¿me puedes devolver el dinero que te dejé prestado?

O una parte, por lo menos.

Ya.

Sí.

Entiendo.

Sí.

Sí, lo entiendo.

Bueno, por lo menos, lo he intentado.

No.

Jan, no.

Deja de llorar, por favor.

Jan.

¡Jan, no me hagas esto, haces que me sienta fatal, joder!

¡Basta, te lo ruego, basta!

Mira, tío, se acabó. Estoy harto de tus numeritos y de tu dependencia enfermiza por mí. Estoy harto de tener que solucionarte la vida, estoy harto de sentirme culpable porque las cosas me van razonable e inexplicablemente bien, o, sea como sea, mucho mejor que a ti. No quiero verte más. Quiero que desaparezcas de mi vida de una vez por todas. Quiero que dejemos de ser amigos desde ahora y por siempre jamás.

No. Perdona. Estaba con la cabeza en otra parte.

Lo siento, tengo que colgar. Adiós, Jan.

Cierro la conexión. Me quito los auriculares. Me llevo las manos a la cabeza.

Pienso.

Un instante de silencio. Por fin. Un instante para mí solo. Anímate. Aún puedes.

Miro el ordenador.

Abro una página web de sexo.

Oigo por los mini amplificadores de los auriculares los falsos gemidos de placer de dos, tres o más mujeres.

Las miro impávido.

Me miro el sexo.

Sonrío irónicamente.

Ni así.

14.

Ricky hace un strep-tease. Sensual, morboso, con excitación creciente.

Al quitarse la camisa, vemos que lleva sostenes.

Se los quita, de forma muy sexy. Tiene unos pechos de mujer voluptuosos.

Se quita los pantalones. Lleva bragas. Se las quita. Tiene vagina en lugar de pene.

RICKY: Soy Melinda. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

LISA: Lisa. Eres muy guapa, Melinda. Y tienes un cuerpo perfecto.

RICKY: Pero tú eres joven y lista. Y virgen. Tres cualidades que vuelven locos a los hombres.

LISA: ¿Ser virgen te parece una cualidad?

RICKY: Para ti, no. Para un hombre, sí.

LISA: ¿Por qué?

RICKY: Desvirgar a una mujer da al hombre la sensación de poseer un trofeo para toda la vida. A mí me desvirgó mi Ricky. Luego tuve historias con otros hombres. Pero regresé a él y nos casamos.

LISA: Eres una mujer preciosa, Melinda. No me extraña que Ricky te sea completamente fiel.

RICKY: Pero tengo un problema horrible. Soy inculta, limitada, superficial y un poco frívola. Pasada una edad, los hombres a veces se empalman más con un buen cerebro que con un buen cuerpo.

LISA: No es verdad.

RICKY: Por supuesto que sí. Una mujer fea pero lista puede embrujar a un hombre de una manera extraordinaria y muy simple.

LISA: ¿Ah, sí? ¿Cómo?

RICKY: Hablándole. Diciéndole: cierra los ojos. Después: imagina lo que quieras. Luego, tocándole. Y puede llevar al hombre a un éxtasis al que ni la mujer más guapa del mundo podrá llevarle jamás. El tacto de una fea es mejor que el de una guapa. Mucho mejor. Siempre va más allá. Se atreve a explorar zonas ignoradas por las guapas. Es como los sordos, que agudizan el sentido de la vista. O los ciegos, que agudizan el oído. Las feas se sienten obligadas a trabajar, buscar, investigar. Y la obtención de placer deja de ser una urgencia inmediata y pasa a ser una búsqueda metódica, intensa, desacomplejada y sin límites. Mira mi cuerpo. Es perfecto, sí. Me desnudo delante de un hombre y se empalma en décimas de segundo. Una excitación bestial, desmedida, incontrolable. Se lanza sobre mí, me penetra. Dos minutos y ya llega al orgasmo. Pero es un orgasmo pequeño, ridículo, como si el placer fuera inversamente proporcional a la excitación previa. Me gustaría ser manca, jorobada, bizca, coja, tener los pechos caídos y celulitis en el culo. Tener que trabajarme a fondo la erección de mi hombre. Tenerlo francamente difícil. Tener que recurrir a la inteligencia, al ingenio, a la imaginación, a la irrealidad. Veinte minutos para conseguir que se empalme. Una hora o más para hacer crecer su excitación. Y luego... el orgasmo no como una satisfacción urgente e inevitable, sino como un territorio misterioso e insondable en el que nos introducimos a conciencia, ya no es una meta, sino una frontera tras la cual se halla un universo paralelo sin normas ni límites, un lugar donde de repente la existencia deja de ser absurda, injusta, tiránica y caprichosa. Cuando alguien entra en ese territorio, ya no desea explorar ninguno más.

LISA: Puedes conseguir lo mismo con ese cuerpo tan bonito que tienes.

RICKY: No, niña, no. Delante de un cuerpo como éste, ¿qué hombre me haría caso cuando le dijera: cierra los ojos? Y si me hiciera caso, al decirle: imagina lo que quieras, me imaginaría a mí, exactamente igual que lo que tiene ante sus ojos. Ya me dirás dónde está la gracia.

LISA: ¿Me encuentras guapa?

RICKY: No, niña, no. A ver. Ven aquí. Déjame desnudarte. Oh. Esto ni son tetas ni nada. Oh. El culo más feo que he visto en mi vida. Oh. Qué piernas, por dios, si parecen salchichas. Y el color de tu piel, fracamente repugnante. Vestida, eres fea. Pero desnuda eres realmente una pesadilla espeluznante. Oh. Niña. No sabes cuánto te envidio. Si te acercas a mi Ricky a menos de dos metros, te juro que te mataré.

15.

JOSEP: La pasta que me has cocinado hoy estaba de muerte. ¿Qué salsa llevaba?

RICKY: Carbonara. Hecha a mi manera.

JOSEP: Podrías trabajar de cocinero perfectamente.

RICKY: Gracias.

JOSEP: ¿Gracias? ¿Gracias por qué? ¿Por qué me tienes que dar las gracias, si puede saberse?

RICKY: Por el cumplido.

JOSEP: ¿Decirte que cocinas bien te parece un cumplido?

RICKY: No lo sé. Suele ser un motivo de satisfacción que te digan que haces bien una cosa, ¿no?

JOSEP: Sí. Estás en lo cierto. Y no debería ser así. Ésta es la causa de tantos y tantos conflictos. Siempre andamos buscando los elogios de los demás. Hacemos cosas para que los demás nos digan lo buenos que somos. Nos lo dicen una vez, dos, tres, y ya la hemos cagado. A partir de entonces, nos pasamos la vida preguntándonos cuándo volverán a decírnoslo, cuál será la cuarta, la quinta, la sexta vez. ¿Cuántas veces te he dicho que cocinas muy bien?

RICKY: Unas dos o tres. O cuatro.

JOSEP: Pues ya tienes bastante. Se acabó. A partir de ahora ya no volveré a decírtelo. Sólo te diré algo cuando sea al revés. Cuando no lo hagas bien.

RICKY: De acuerdo. ¿Qué es ese papel arrugado que tiene en la mano? ¿Lo tiro a la basura?

JOSEP: ¡Qué manía! No. Al papel no. A mi. Tírame a mi a la basura.

RICKY: ¿Eh?

JOSEP: ¿Eh, qué?

RICKY: Nada, nada. ¿Puedo mirar la tele un ratito?

JOSEP: ¿Qué partido echan?

RICKY: La final de la Copa de Europa.

JOSEP: Lo siento. En otro canal dan una película de John Ford que no quiero perderme por nada del mundo. *El hombre tranquilo*. ¿Te suena?

RICKY: Era una de las películas favoritas de mi padre.

JOSEP: Qué casualidad. Y una de las mías, también.

RICKY: Ah. Pero, ¿ya la ha visto?

JOSEP: Claro. Unas diez o doce veces.

RICKY: ¿Y por qué quiere volver a verla?

JOSEP: Hay películas que cada vez que vuelves a mirar te parecen diferentes. Siempre ves en ellas cosas nuevas. Cosas en las que no te habías fijado antes. Cosas que de repente se te revelan con una clarividencia absoluta y dan un nuevo sentido a la historia que en ocasiones anteriores no habías advertido. Y ésta es una de ellas. A ver qué descubro hoy. A ver si entiendo de una puñetera vez por qué se titula *El hombre tranquilo*, cuando a mí me da la impresión de que a John Wayne le ocurre de todo durante la película menos estar tranquilo.

RICKY: ¿Me permite que me vaya a mi habitación a escuchar la radio? No le molestaré, me pondré los auriculares.

JOSEP: Sí que me molestarás. Y mucho. Porque no habrás querido compartir conmigo el placer de degustar la obra maestra de un sabio en las postrimerías de su vida.

RICKY: Coño con el viejo.

JOSEP: ¿Qué has dicho?

RICKY: Perdón. Nada. Perdón. ¿En qué canal la echan?

JOSEP: Ricky.

RICKY: ¡Anda, si me ha llamado por mi nombre!

JOSEP: Ricky.

RICKY: ¿Qué?

JOSEP: No quiero morirme.

16.

LISA: El Gobierno se ha visto obligado a recortar las ayudas. Yo debía obtener la beca directamente por nota, pero por culpa de nuestra situación económica, me la han denegado.

ANNA: ¡¿Quéeee?! ¡¿Cómo es posible?! ¡¡No me lo puedo creer!! Mañana mismo voy contigo a donde sea para hacer la reclamación pertinente. ¡¡¿Nuestra buena situación económica?! ¡Es una broma, ¿no?! Además, ya eres mayor de edad. ¿Y si vivieras sola? ¿Y si no dependieras de nosotros?

LISA: Son medidas excepcionales a causa de la crisis económica. Eso han dicho. Tienen vuestras declaraciones de hacienda. Las del año pasado, claro. Los dos tenéis un buen sueldo, casa en propiedad, dos coches...

ANNA: ¡Para, para...! A tu padre un poco más y le despiden, le recortan el sueldo el treinta por ciento, la propiedad de esta casa es virtual porque pagamos una hipoteca que no para de subir, yo cada vez tengo menos clientes en la tienda y la mitad de mis ganancias se las pule mi padre con su interminable agonía en su reluciente y magnífico pisito de alquiler en pleno centro de la ciudad que pago yo íntegramente, con luz, gas, teléfono y agua incluidos, eso sin contar el sueldo de Ricky, que encima es en negro y no lo puedo desgravar. ¡¿Esto te parece una buena situación económica?!

LISA: Habrá gente que está mucho peor. Supongo.

ANNA: ¿Dónde? Preséntamelos, porque no me lo creo. Es imposible.

LISA: Mamá. Cálmate. No hay ningún problema. Me matricularé aquí. Si en el fondo, me daba pereza marcharme. Dejar de veros a vosotros. Perder a mis amigos.

ANNA: ¡Lisa! Lisa, por favor, basta, no lo soporto. No sigas por ahí. He luchado toda mi vida para que tuvieras lo mejor y no pienso tirar la toalla aunque la crisis mundial acabe devorándome las entrañas. Tú te irás de aquí. Estudiarás en los Estados Unidos y todo el mundo se peleará por darte un puesto de trabajo. Y tú elegirás el más prestigioso y mejor pagado y trabajarás sólo cinco o seis horitas al día cuatro días a la semana y por fin conocerás a gente que te entienda y que te quiera y serás feliz. Tú lo serás. Y no te mientas a ti misma. Ni te da pereza

marcharte ni menos aún dejar de vernos. Y no sé a qué amigos vas a perder si amigos de verdad no tienes, ni los has tenido nunca.

LISA: ¿Cómo que no?

ANNA: Pero, ¿qué amigos quieres tener si no hay nadie de tu edad en este país con tus capacidades, tu inteligencia, tu sensibilidad y tu personalidad?

LISA: Mamá. Que tengo la tira de amigas y amigos. Que soy una chica normal y corriente.

ANNA: ¡Ja! ¡Ja! ¿Una chica normal y corriente? ¡Ja! Mira cómo me río. ¡Ja, ja! Es que me mondo, vamos.

LISA: Mamá.

ANNA: Una chica normal y corriente no empieza a leer a los dos años. Una chica normal y corriente no resuelve ecuaciones de segundo grado a los cuatro, una chica normal y corriente no gana el campeonato júnior europeo de ajedrez a los ocho, una chica normal y corriente no tiene libros de física cuántica en la mesita de noche antes de que le venga la regla, una chica normal y corriente no toca Paganini al violín a los trece, una chica normal y corriente no piensa más en fórmulas y en números que en actores de Hollywood o en cantantes de rock o en hombres guapos a los quince, a los dieciséis, a los diecisiete y a los dieciocho. Una chica normal y corriente no es la que ayuda a hacer los deberes al resto de la clase, que por eso te crees tú que tienes tantos amigos, cuando en realidad lo único que quieren de ti es que les ayudes a aprobar o a sacar nota. Lo siento, Lisa. Tú no eres una chica normal y corriente.

LISA: ¿Y quién te ha dicho a ti que yo no pienso en hombres?

ANNA: Lisa. Tú ni piensas en hombres porque sabes que jamás necesitarás a ningún hombre para conseguir lo que te propongas.

LISA: Estoy hablando de sexo, mamá.

ANNA: Ah. De sexo. Eso es otra cosa. Para eso no hace falta que pienses nada. Te vas a un bar o a una discoteca, haces lo que tengas que hacer y, al acabar, te vuelves a tu casita y él a la suya. Y si te lo pasas bien con el desconocido que te ligue, le pides el teléfono. Y le ves única y exclusivamente cuando el cuerpo te lo pida. Hasta que te canses de él. A la mínima señal de cansancio o de rutina, ¡puerta! Sé implacable con ellos. No mezcles la cabeza en esas cosas. No te obsesiones por ningún hombre. Jamás en tu vida encontrarás a ninguno que esté

a tu altura. El amor es una mentira que nos creemos los que no valemos nada por nosotros mismos. Tú eres diferente. Tú vales. Por lo tanto, tú eres de las que los enamoran. No de las que se enamoran de ellos.

LISA: ¿Crees que eso se puede controlar?

ANNA: Por supuesto que sí. Tú, Lisa, por supuesto que sí.

LISA: ¿Y si te equivocas?

ANNA: Con otras cosas, puede que sí, pero contigo no me equivoco, hija mía. No me he equivocado ni me equivocaré jamás. Te conozco más a ti que a mí misma. No te enamorarás nunca de nadie. Si sientes algo por un hombre, te lo llevas a la cama. Lo antes posible. Sin hacerte rogar. Como han hecho siempre los hombres con las mujeres fáciles durante tantos y tantos siglos sin ningún tipo de problema ni de remordimiento de conciencia. Y a vivir la vida. No tengas miedo. Estoy completamente convencida de que allí, en los Estados Unidos, en la Universidad, tendrás a todos los hombres que quieras. Se volverán todos locos por ti. Tendrás que espantarlos como a las moscas. Eso no debe preocuparte. Será así, lo sé. Hala. A la cama, a dormir. Luego hablaré con tu padre a ver qué podemos hacer para solucionarlo.

LISA: Para solucionar, ¿qué?

ANNA: ¿Cómo que qué? El dinero. Tus estudios. Estados Unidos. Tu futuro. Nuestra felicidad.

LISA: Hace una semana que sueño que me matas, mamá. De todas las formas posibles. Disparándome, atropellándome, tirándome por un acantilado. Estrangulándome. Ayer me degollaste con una navaja de afeitar de las antiguas. me desangraba en el suelo del cuarto de baño y cuando miraba mi sangre, te veía a ti, reflejada en ella, roja toda tú, con la navaja en la mano y los ojos llenos de lágrimas. También sueño que quiero hacer el amor con el chico que cuida al abuelo, pero cuando me lanzo sobre él, resulta que es una mujer y no sé qué hacer. Bueno, no sé si son sueños. Quizás es una realidad... paralela. Más auténtica incluso que la realidad... *real*. Porque lo veo i lo vivo todo como si fuera auténtico. Sólo tengo una pregunta, mamá. ¿Crees que me estoy volviendo loca?

17.

ANNA: Va, empieza. Propón soluciones. La niña se va a estudiar a los Estados Unidos y se va. ¡Va!

POL: Podemos ir al banco y renegociar la hipoteca.

ANNA: Sí. ¿Y cuánto ahorraremos? ¿Cien euros al mes? ¿Dos cientos?

POL: O vendernos la casa, liquidar la hipoteca, pedir un crédito, coger un piso de alquiler...

ANNA: ¿Estás loco? Es la única cosa realmente nuestra, tuya, mía y de la niña, que nos recuerda y nos recordará siempre que somos una familia, esta casa, hecha a nuestra medida, a nuestro gusto, con nuestra personalidad, a la cual he dedicado esfuerzos titánicos, tiempo, sacrificios, ilusiones... No. Y perderíamos dinero, Pol. Ahora la venderíamos por mucho menos de lo que vale. No, no y no. Además, ¿cuánto tiempo tardaríamos en venderla, tal y como están ahora las cosas? Un año o dos como mínimo si no la ofrecemos a un precio ridículo. Imposible.

POL: Nos vendemos los coches. Y viajamos en transporte público.

ANNA: Sí. Muy bien. ¿Qué combinación hay para llegar a tu trabajo?

POL: El autobús me dejaría a unos tres kilómetros. Puedo ir a pie. O en bicicleta.

ANNA: No te lo crees ni tú. Y mi coche, no pienso venderlo. ¿Qué haría sin él para transportar las cosas de la tienda de un sitio a otro? ¿Y para ir los fines de semana a la montaña? ¿O a la playa?

POL: Ah. ¿Tampoco vamos a renunciar a los fines de semana a la montaña? ¿Ni a la playa?

ANNA: Pero, ¿tú podrías renunciar a ellos? ¿Quieres prescindir de ellos?

POL: Bueno...

ANNA: Si no hay nada en el mundo que te sienta tan bien y te haga más feliz, ¡que ya hace tiempo que sólo te pones a tono cuando nos vamos de fin de semana una vez al mes!

POL: ¡Joder, Anna, céntrate, por favor!

ANNA: ¡Céntrate tú también! Si quieres que renunciemos a ello, pues nada, hala, venga, renunciemos a ello también, qué más nos da ya a estas alturas, ¿verdad? Yo lo digo por ti, Pol. Hace años que sólo se te ve relajado y feliz cuando vamos al mar o a la montaña, que son como una especie de afrodisíacos naturales para ti...

POL: ¡Vamos a ver, ¿de qué estamos hablando ahora, si puede saberse?!

ANNA: De nada. ¿Qué más? ¿De dónde podemos sacar el dinero?

POL: Suscripciones a revistas, televisión digital de pago, asociaciones, abonos de teatro, gimnasio, peluquería, restaurantes y ropa, sobre todo ropa, que en ropa se nos va una pasta, sobre todo a ti...

ANNA: Hace un año y medio que no me compro nada y, cuando lo hago, todo es de rebajas. O sea que, por aquí, nada de nada. Y el resto de las cosas que dices, ¿cuánto nos van a hacer ahorrar? Tres o cuatrocientos eurillos al mes como mucho. No nos da ni para el suplemento de la comida del avión de la niña, Pol. Que no.

POL: A ver, Anna, o renunciamos a algo, o no sé para qué estamos aquí intentando encontrar soluciones. ¿Estás dispuesta a renunciar a algo, sí o no?

ANNA: Por supuesto que sí. Pero no me sirve que hables de menudencias, Pol. Ni que te quieras perjudicar a ti mismo de por vida de esa manera. ¿No se te ocurre nada más?

POL: Bueno... Sí. Una cosa. Pero es... el tema tabú.

ANNA: ¿Eh?

POL: Tu padre. El alquiler de su piso. Más el teléfono, el agua, el gas, la electricidad. Y... el sueldo de Ricky. He hecho cuentas. Todo suma casi tres mil euros al mes. Con eso y un poco más que podemos rascar de la cantidad de lujos superfluos a los que no te da la gana renunciar, podemos llegar a los cuatro mil quinientos al mes. Si renegociamos la hipoteca de la casa o pedimos un préstamo para pagar la matrícula de la Universidad, cuatro mil quinientos son suficientes para las mensualidades, el alquiler de la residencia de estudiantes y lo mínimo necesario para comida y extras.

ANNA: ¿Y qué hago con mi padre?

POL: Que se instale en la habitación de Lisa. Y Ricky que regrese a su país a hacer de manager de su futuro Ronaldinho, ahora que el niño ha entrado en una escuela subvencionada y ya no tiene que pagarle las clases particulares con el tal Flores. Además, añora mucho su país, y su trabajo de profesor. No para de hablar de cuánto le apasionaba dar clases a sus alumnos. Me mete unos rollos cuando vamos a ver a tu padre... Creo que, en el fondo, a Ricky le haríamos un favor.

ANNA: Pero... ¿mi padre en nuestra casa? ¡¿Tú te has vuelto loco o qué?! ¡No puedo meter a este hombre en nuestra casa, Pol! ¡Ni puedo ni quiero! Ya sé que es mi padre, lo sé, y lo he dado todo por él, todo lo que he podido, a mi manera, pero, ¿vivir con él bajo un mismo techo...?

POL: No veo otra solución. Y ahora, ¿por qué lloras?

...

ANNA: Porque sí que hay otra solución. Simple, directa y fácil.

18.

ANNA: ¿Nos dejas solos, Ricky, por favor?

RICKY: Sí, me iré a dar una vuelta. ¿Cuánto tiempo se quedará?

ANNA: Una hora, supongo.

RICKY: Muy bien. Hasta luego, Josep, nos vemos más tarde. Pórtese bien, ¿eh? Con la infusión, una galleta nada más, ¿eh? ¡Una! Hasta luego, señora. ¿Se acuerda de que hace un par de días que debería haber cobrado?

ANNA: Sí, Ricky, me acuerdo. Me acuerdo perfectamente. Adiós.

RICKY: Adiós.

JOSEP: ¿Nos tomamos el té?

ANNA: Espera, papá. Pásame tu taza. Gracias.

JOSEP: ¿Qué líquido es ese que estás echando en mi té?

ANNA: Vitaminas. Ten. Tómatelo ya, de prisa, todo de golpe, que, si no, no te harán efecto. Así, muy bien.

JOSEP: ¡Puah! Qué gusto más amargo.

ANNA: Te quiero mucho, papá. Siempre te he querido.

JOSEP: ¿Por qué me dices estas cosas? Nunca en tu vida me habías dicho algo así. ¿Por qué lloras?

ANNA: No tenía más remedio. ¿Me perdonas? Díme que me perdonas.

JOSEP: Que te perdone... ¿el qué? ¿Qué pasa? ¿Por qué... me... cuesta... respirar? ¿Por qué... me... duele la...? Ahh... ahhh... ¿qué has hecho? Ahhhh....

ANNA: Perdóname. Perdóname, papá, perdóname.

19.

POL: O sea, tú estás... ¡Es increíble! ¡Dices que yo estoy fatal, pero tú estás como una regadera, vamos! ¡Anna! Anna, por favor, no sé cómo puedes tener el valor... no ya de pensar una cosa así, sino encima de... ¡de decírmelo! Si piensas eso, ¡al menos no lo digas, por favor! ¡A nadie! ¡Ni a mí! ¡Mierda! ¡Ahora ya me lo has dicho! Joder, Anna, ¿tú sabes que ahora esto no se me va a borrar de la cabeza ni cuando esté en la fase más aguda del Alzheimer que seguro que acabaré teniendo, espero que dentro de un montón de años? ¡Anna! ¡¿Por qué me lo has dicho?! Pero, ¿de verdad piensas que esa es la solución?

ANNA: Sí. Oh.

POL: ¡Eso! ¡Y ahora, encima, la lagrimita para compensar el acto abominable que acaba de imaginar y de verbalizar!

ANNA: Pol. Pol, para, por favor.

POL: Además, si fuera verdad, no sería nunca con ese tono melodramático, *te quiero muuuucho, papá, siiiieempre te he querido, no teníiiiia más remedio, ¿me perdoooooonas?, díme que me perdoooooonas.* ¡Pero, qué estupidez!

ANNA: ¿Y cómo sería?

20.

ANNA: ¿Nos dejas solos, Ricky, por favor?

RICKY: Sí, me iré a dar una vuelta. ¿Cuánto tiempo se quedará?

ANNA: Te he dicho mil veces que no quiero que me trates de usted. Una hora, supongo.

RICKY: Muy bien. Hasta luego, Josep, nos vemos más tarde. Pórtese bien, ¿eh? Con la infusión, una galleta nada más, ¿eh? ¡Una! Hasta luego, señora.

ANNA: ¿Cómo? Ricky...

RICKY: Hasta luego... Anna. Una cosa: ¿te acuerdas de que debería haber cobrado ya hace días?

ANNA: Sí, Ricky, me acuerdo. Me acuerdo perfectamente. Pero... ¿no puede haber otra forma de pagarte que no sea... en billetes?

RICKY: Ja ja ja. Adiós.

ANNA: Adiós.

JOSEP: ¿Nos tomamos el té?

ANNA: Espera, papá. Pásame tu taza. Gracias.

JOSEP: ¿Qué líquido es ese que estás echando en mi té?

ANNA: Vitaminas. Ten. Tómatelo ya, de prisa, todo de golpe, que, si no, no te harán efecto. Así, muy bien.

JOSEP: ¡Puah! Qué gusto más amargo.

ANNA: Es veneno, papá. Dentro de pocos segundos, empezará a hacerte efecto. Tenía que tomar una decisión. El futuro de mi hija a cambio de tu... paz. Hace años que vives como un vegetal. No te queda nada por hacer en la vida. Absolutamente nada. Nadie te necesita. Puedes descansar en paz y darnos la paz a nosotros. Soy tu hija pero en realidad sé que siempre he sido un estorbo para ti. Helena te tenía el corazón robado. Pobrecita Helena. Yo la odiaba tanto cuando la veía siempre en tu regazo. Pensaba: ¿por qué no hace conmigo lo mismo que con mi hermana?, ¿porque nació después de ella y no era macho? ¿porque no soy tan bonita como ella? Desde la muerte de Helena, y luego la de mamá, las cosas fueron aún a peor. Tu indiferencia se convirtió en odio. Y más tarde, en hipocresía. Porque, un día, de repente, empezaste a necesitar algo de mí. Por fin. Después de tantos años, resulta que un buen día te acercas a mí. Cuando, por tu vida de crápula vicioso e irresponsable, te das cuenta de que no has cotizado lo suficiente para tener una pensión digna. Entonces, sí. Entonces vienes a verme y me dices que me quieres. Pero no es verdad ni lo ha sido nunca. Sólo me necesitas. Por mi dinero. Y yo te lo he ido dando todos estos años. Como una hija responsable y respetuosa contigo, porque, a pesar de todo, me diste la vida. Tengo que hacer lo imposible para que mi hija no haga lo mismo conmigo dentro de unos años. ¿Lo entiendes, papá? Por eso te mato. Para que ella no tenga que matarme a mí. Ahora bien, que sepas que si mi hija lo hace, yo la perdonaré. Tal como ahora me perdonas tú a mí con tu mirada en tus últimos segundos de existencia. Está bien, papá, muérete en paz. Yo también te perdono.

JOSEP: ¡¡¡Hija de putaaaaaaa!!!

ANNA: ¡O sea... o sea... te mereces una hostia, vamos, una buena hostia en plena cara! Dices que lo mío era melodrama, pero lo tuyo... Primero, una escena burda de película porno como ésas que miras a escondidas, porque tú eres de los que van diciendo que no miran películas guarras, ¡pero las miras! Me imaginas como una fulana asesina implacable haciéndole proposiciones al tío que le limpia el culo a mi padre, le quita las legañas y le saca la roña de las uñas y la cera de las orejas; después, una imitación grosera de película de Hitchcock en que la rubia y fría protagonista abre su alma y revela secretos inconfesables de su pasado aliñados con un poquito de psicoanálisis *reader's digest*, y, para acabar, toda esa mierda judeocristiana que ríete tú de las películas de Spielberg: me perdonas, te perdono, y para el remate final, un toque de Woody Allen con el padre diciéndole hija de putaaaaaa. Esta es la hostia que te mereces.

POL: ¡Ay! ¡Ahhh!... Oh... Muy bien, muy bien. Pero no nos perdamos en los detalles. Como siempre. Por favor, Anna. ¿Qué importa que sea a la Spielberg o a la Woody Allen o como un culebrón? El problema es el hecho en sí. La idea. ¿A quién se le ha ocurrido la idea? ¿Hablabas en serio? Dime que no, y así podré dormir esta noche. ¡Esta noche y todas las que me quedan en mi puta vida!. ¡Dime que no!

ANNA: ¿Qué debería hacer ahora, según tú? ¿Reír o llorar?

22.

JOSEP: ¿Vienes a verme a mí o a Ricky?

LISA: A ti, abuelo, a ti.

JOSEP: Se ha encerrado en su habitación. Ve a saludarle.

LISA: Abuelo, que he venido a hablar contigo.

JOSEP: Ah. ¿Conmigo? Antes no venías tanto a verme. No me lo creo. Huy... ¿y esos ojitos? No temas. No pasa nada. Haces bien aprovechando las oportunidades que te depara la vida, pequeña. ¿Que no puedes conseguirlo en un bar o una discoteca porque son lugares espantosos y terriblemente injustos porque en ellos nadie se fija en ti? Pues lo haces en la casa de tu abuelo. Hala. Entra en su habitación y le saludas. Sé amable con él. Es un buen chico.

LISA: No, abuelo, de verdad. Yo sólo... sólo quería preguntarte una cosa.

JOSEP: ¿Cuál?.

LISA: ¿Se te ocurre una manera de encontrar dinero para que me pueda ir a estudiar a los Estados Unidos?

JOSEP: Sí. Claro que sí. Una. Se me ocurrió en seguida. Pero, ¿qué importancia tiene eso ahora? Venga, ve a ver a Ricky. Está muy mal. Seguro que tu compañía le animará.

LISA: ¿Qué le pasa?

JOSEP: Antes de ayer recibió una muy mala noticia. Bueno, dos.

LISA: ¿Le ha ocurrido algo a su hijo futbolista?

JOSEP: Sí. Le pegó un chute tan fuerte a la pelota que la mandó fuera del campo. La fue a buscar con tan mala fortuna que, al atravesar una calle, le atropelló un camión de la basura.

LISA: ¡¿Qué dices?!

JOSEP: Se ha roto las dos piernas. En total, siete fracturas. Nunca más podrá volver a jugar al fútbol.

LISA: ¡No puede ser! ¡Es horrible! ¡Horrible!

JOSEP: El pobre Ricky se metió en seguida en Internet para buscar un billete de avión, pero el único que él se puede pagar sale dentro de tres semanas.

LISA: ¿Y cómo ha reaccionado?

JOSEP: ¿No lo ves? Encerrándose. Hace dos días que sólo le veo cuando me levanta de la cama por la mañana, cuando me lleva al baño y cuando me acuesta. Ve a verle. Estoy seguro de que tú eres la única que puede sacarle de ese estado.

LISA: ¿Y... la segunda mala noticia?

JOSEP: Ésa, si acaso, que te la cuente él. Es más personal.

RICKY: Hola, Lisa.

LISA: Hola.

RICKY: ¿Molesto?

LISA: No, no... ¿Cómo... cómo estás?

JOSEP: Entra, Rico, entra. Mi nieta tiene un hambre que se muere. Y como yo no quiero que se muera... ¿le puedes preparar un bocadillo de los tuyos? Son buenísimos, niña, este hombre hace los mejores bocadillos del mundo. Venga, Rico, prepárale un bocadillito de los tuyos a la niña.

LISA: Abuelo, que se llama Rocky, no Rico. ¡Ay, quiero decir Ricky! ¿Qué digo Rocky...? Ji ji ji... Ay. Ay, perdona, Ricky, lo siento,. Perdona, de verdad.

RICKY: No pasa nada. Me gusta verte reír. Voy a hacerte el bocadillo.

LISA: ¿Te ayudo?

RICKY: No, por favor, no. Quédate con tu abuelo. Enseguida te lo traigo.

LISA: Gracias.

JOSEP: Que no note que sientes lástima por él, Lisa. Sobre todo. Que no te lo note.

LISA: Abuelo.

JOSEP: ¿Sí?

LISA: Es que sí que me da mucha lástima. Pero mucha.

JOSEP: Pues disimúlala como sea.

LISA: ¿Qué puedo hacer? ¿De qué puedo hablarle?

JOSEP: De alguna cosa rara de esas tuyas. De...¡matemáticas! De física cuántica... De... de fórmulas para salir de la crisis. De... Ah, por cierto, Lisa...

LISA: ¿Qué?

JOSEP: Hablando de crisis. Antes, cuando me has pedido si se me ocurría una manera de encontrar dinero para que pudieras ir a estudiar a los Estados Unidos, yo te he dicho que sí, que se me ocurría una, y no me has preguntado cuál.

LISA: ¿Eh? ¿De qué hablas? Es que todavía tengo la cabeza en lo de Ricky y...

JOSEP: Pues sí. De una manera muy sencilla, pequeña, muy sencilla.

LISA: ¿Cuál?

JOSEP: Muriéndome.

LISA: Abuelo, que no lo decía en broma.

JOSEP: Yo tampoco. Ja ja ja. Aquí está la gracia.

23.

ANNA: ¿Eso te ha dicho?

LISA: Él se reía, pero a mí no me ha hecho ninguna gracia la ocurrencia. He pensado que daba en el clavo. Si el abuelo se muriera...

ANNA: ¡Niña, por dios! ¿Cómo puedes pensar algo así?

LISA: Mamá. Yo no quiero ir a estudiar a los Estados Unidos.

ANNA: ¿Cómo?

LISA: Lo que oyes.

ANNA: ¿Por qué? ¿Quién ha sido? ¿Quién es?

LISA: ¿Eh?

ANNA: ¿Ricky?

LISA: Pero, ¿qué dices?

ANNA: Lisa, por favor, que no me chupo el dedo. Primero me dices que si el abuelo se muriera, tú podrías realizar tu sueño y un segundo más tarde me dices que no quieres que tu sueño se haga realidad. ¿No hay nadie por ahí que se haya introducido de repente en tu cabecita o vete a saber en qué otro lugar, y que esté interfiriendo y enturbiando esas ideas que siempre has tenido tan claras? ¡Como si no supiera de lo que estoy hablando!

LISA: Mamá, no seas ridícula. Sí, he hecho el amor con él, y ha ido... pues bastante bien, bueno, regular, no lo sé, me duele un poco aquí. Pero eso no...

ANNA: ¡¿Te ha hecho daño?! Vaya, ¡otro inútil! ¡Qué desastre! ¡Sea de aquí o de más allá, siglo veinte, o veintiuno, todo sigue igual, nada cambia!...

LISA: Pero, ¿de qué estás hablando, mamá? Si no quiero irme no es por eso. Lo que ha pasado con Ricky ha estado bien, mamá, y gracias por preocuparte por mí, no pienso explicarte ni un solo detalle, no insistas. Todo muy bien y muy normal. No hagas deducciones ni te dejes influir por experiencias propias, que son tuyas y sólo tuyas y que no tienes por qué aplicar para nada a mi vida. Si no quiero ir a estudiar a los Estados Unidos no es porque de golpe y porrazo haya aparecido un príncipe azul en mi vida que me haga confundir el sexo con el amor. Es, ni más ni menos, para no tener que pensar que alguno de nosotros pueda desear la muerte del abuelo. ¿Lo entiendes?

ANNA: No. No, lo siento, me he perdido en el razonamiento. No lo entiendo. Has hecho el amor con ese hombre, ¿sí o no? ¿Cómo ha ido? Necesito saberlo.

LISA: Qué importa lo que te cuente. ¿Te lo vas a creer?

RICKY: Hola, Ricky, soy Melinda. El niño ya ha salido del hospital. Tendrá que ir en silla de ruedas un mínimo de siete u ocho años. Como en casa todo son dificultades, nos trasladamos a vivir a la casa de Flores. Suerte de él, Ricky. Él le cuidará y se hará cargo de su rehabilitación. Flores le quiere mucho. Y también me quiere a mí. Y yo a él. Lamento mucho habértelo ocultado todo este tiempo. Creía que iba a ser una historia pasajera, pero no. Ahora, con el accidente, he pensado que era el momento de contarte la verdad. Haz lo que quieras. Entenderé muy bien que quieras venir a ver al niño. Sigues siendo su padre. Y él seguirá necesitando tu dinero. No para ser futbolista. Sino para luchar. Luchar para volver a aprender a andar. Éste es el último mensaje que te dejo. Te he querido. No ha pasado nada extraño. Sólo lo que dice la canción: que la distancia es el olvido. Sigo queriéndote, pero de otra manera. Piensa lo que quieras. No te hundas. Sigue trabajando. El trabajo cura las heridas. Y nuestro hijo necesita tu dinero, ahora más que nunca. Adiós, Ricky. Intenta no guardarme rencor.

LISA: Ricky, lo siento, lo siento mucho.

RICKY: ¿Cuántas probabilidades había de que pudiera ocurrirme algo así?

LISA: Si me das un par de minutos, te hago la fórmula. Hay una fórmula matemática para todas y cada una de las cosas que pueden llegar a ocurrirnos en nuestras vidas.

RICKY: ¿Ah, sí? Hazla, si te apetece. No la entenderé.

LISA: Yo te la explicaré.

RICKY: ¿De qué me servirá? ¿Me podrá consolar de algún modo?

LISA: La fórmula, no. Pero mis explicaciones, tal vez sí.

RICKY: ¿Por qué?

LISA: Porque te las diré con voz suave pero también firme, te diré toda clase de cifras, números, símbolos, ecuaciones, y lo haré mirándote a los ojos, sin ninguna prisa, sin el menor atisbo de compasión por ti; mientras tanto, te quitaré la ropa muy despacio y te tocaré la piel, tus brazos, tu cara. Ahora sí puedo hacerlo, ¿no? Ahora que de repente tu cabeza se ha vaciado por completo de tu mujer. ¿Sabes?, creo que desde el primer día en que te vi aquí, con el abuelo, sabía que acabarías siendo el primer hombre con quien haría el amor. Y la probabilidad de que el primer hombre que hiciera el amor conmigo fuera un inmigrante sin papeles venido a Europa para ganar dinero y pagarle una carrera de futbolista a

su hijo para que en el futuro sea una estrella de un buen club europeo todavía es más pequeña que la de ser atropellado por un camión de la basura en cualquier rincón del mundo, y mucho más pequeña todavía, por supuesto, que la de un hombre a quien su mujer le es infiel los dos últimos años sin que él lo sepa. Y ahora, cierra los ojos. Empiezo. La fórmula es...

25.

ANNA: ¿Quieres decir que no le pones demasiada fantasía?

LISA: Sabía que no te lo creerías. Es igual, déjalo. Vuelvo a insistir: lo que haya pasado entre Ricky y yo no está relacionado con el problema que tiene el abuelo.

ANNA: ¿El problema que tiene el abuelo? El abuelo no tiene ningún problema, ése es el problema. Que tiene más de ochenta años, no le funciona el hígado, ni los pulmones, ni los riñones, ni el corazón, ni la cabeza, ¡pero no se muere! Continúa viviendo para amargarnos la vida como lo ha hecho siempre. Éste es el auténtico problema.

LISA: ¡Mamá!

ANNA: Perdón, perdón. Ya no sé ni lo que digo.

LISA: Lo digo muy en serio: no quiero ir a los Estados Unidos a estudiar y no quiero. Lo tengo claro, muy claro.

ANNA: Pues yo no tengo claro que lo tengas tan claro. Tengo claro que dices que lo tienes muy claro para que a mí me quede claro que matar a mi padre no es una clara solución a nuestro clarísimo problema. Pero te equivocas, porque sí que lo sería. ¡¿Te queda claro?!

LISA: Mamá, lo que ahora tengo claro es que necesitas que alguien te arree un bofetón para que dejes de decir gilipolleces. ¿Tengo que ser yo?

ANNA: Si te apetece.

LISA: Pues sí, me apetece. ¡Toma!

ANNA: ¡Ah! Pero, ¡¿qué haces?!

LISA: Te lo merecías, mamá, te lo merecías.

ANNA: ¡Qué daño me has hecho!

LISA: Y ahora que estás más calmada, tengo que darte una noticia.

ANNA: ¿Buena o mala?

LISA: Ricky y yo nos casamos la semana que viene.

ANNA: ¡¿Quééééé?!

26.

POL: ¿Qué tal va todo, Josep?

JOSEP: Bien.

POL: ¿Y Ricky?

JOSEP: ¿Quién es Ricky?

POL: El hombre que cuida de ti.

JOSEP: Se llama Roca.

POL: ¿Roca? Ah. Y, ¿cómo es que... Roca no está aquí?

JOSEP: Le he mandado a hacer un recado. Tardará un par de horas o más en regresar.

POL: ¿Qué recado?

JOSEP: ¿A ti qué te importa?

POL: Pues... mira, sí que me importa... un poco.

JOSEP: ¿Por qué?

POL: Porque... Tú sabes algo, ¿verdad?

JOSEP: ¿De qué?

POL: ¿Sabes si él y Lisa...?

JOSEP: Ah, eso. Bueno, a ti no tiene que importarte lo que tu hija haga con Roca.

POL: ¿Cómo que no?

JOSEP: Como que no.

POL: ¿A ti no te importaba lo que pudiéramos hacer tu hija y yo cuando nos veíamos de jóvenes?

JOSEP: En absoluto. Cómo iba a importarme. Me habría importado, y mucho, si en lugar de ti, hubiera salido con otro. Pero, ¿con alguien como tú? Inofensivo, buena persona, siempre obediente, sometido a ella... ¿Para qué debería

preocuparme si eres el antídoto ideal de todo su sufrimiento, el recipiente donde ella arroja toda su ira irreflexiva, que vas almacenando y que te tragas y digieres sin hacérselo notar, eso sí, con ayuda de antiácidos, antiinflamatorios y ansiolíticos y lo que haga falta, y que te tomas a escondidas de ella?

POL: ¿Así es como me ves? ¿Cómo un recipiente donde Anna arroja su vómito, su mierda...?

JOSEP: Sí. Pero ella no lo sabe. Y tú tampoco. Ella se cree que no has hecho nunca nada realmente importante por ella y por tu familia. Tener que aguantar todos sus caprichitos de niña mimada no ha sido suficiente, lo siento. Y tú también te lo crees, eso es lo peor. Por eso estás hoy, ahora, aquí, ¿no? Para realizar el último intento. Para hacer lo que toda la vida has estado esperando. Un acto. Por fin. Un acto contundente y definitivo para que quien ha estado toda la vida resistiéndosete caiga finalmente rendida a tus pies. Quieres hacer un acto de amor para tu mujer que te redima de toda la mierda que ella te ha estado echando encima todos estos años. Lo sé. Y no será para hacer feliz a tu hija, desengáñate. Será para atraparla a ella, ahora que empieza ya a entrar en la zona peligrosa en la que ya no le sirves ni para hacerle el amor y en la que ella se va alejando cada vez más de ti y de tu compañía. Sé valiente por una vez en la vida y confíesalo. Has venido aquí para matarme.

POL: Estás loco.

JOSEP: ¿Sí? ¿Seguro?

POL: *Està bien. Tienes razón. Sí. Tengo ganas de degollarte, de cortarte las venas con unas tijeras, de destriparte, de descuartizarte todos los miembros del cuerpo uno a uno, y el corazón al final, arrancártelo con mis manos y desgarrarlo con mis uñas, con mis dientes, y con toda mi alma. Pero no creas que deseo tu muerte por ningún acto de amor hacia tu hija y tu nieta. No. Soy débil y soso y miedoso e inofensivo por fuera, pero, ¿qué sabes tú de mis pensamientos? ¿Qué sabes tú de la fortaleza implacable de mi recóndito y auténtico interior? Toda mi mida he deseado tu muerte, suegro, desde el día en que te conocí. Eres y has sido para mí el ejemplo perfecto del padre abominable, del hombre indigno, falto de escrúpulos, de honor, de sentimiento, de toda clase de ética y moral. Un hombre que no ha sabido amar nunca a nadie, excepto a sí mismo. Que busca excusas idiotas para justificar su falta de amor hacia los demás, como que se le rompió el corazón tras la muerte de su hija Helena, pero yo eso no lo viví y no me importa. Y no me lo creo. Yo, lo que he visto, y me creo, es la falta de amor por tu otra*

hija, la viva, la que te ha estado manteniendo todos estos años sin que le dieras nada a cambio, sólo palabras vacías de agradecimiento hipócrita cada vez que ella te ingresaba el dinero en tu cuenta corriente, sólo quebraderos de cabeza y torturas que se interponían en nuestra vida, haciendo imposible imaginar una existencia al margen de ti. Tengo ganas de matarte y olvidarte para siempre. La idea de tu muerte es espantosa pero muy cierta. Es tan cierta, tan auténtica la sensación de que tu muerte provocaría un bienestar inmediato y duradero en nuestras vidas, suegro, que no sé qué demonios estoy haciendo aquí, delante de ti, en silencio, pensando en todo esto. No sé por qué no salto sobre ti y convierto por fin esta certeza imaginada en una rotunda e irreparable realidad.

JOSEP: ¿Qué haces tan callado? Sé perfectamente lo que te ronda por la cabeza.

POL: ¿Ah, sí? ¿Qué?

JOSEP: No puedes dejar de pensar que dentro de algunos años, no muchos, estarás exactamente igual que yo. Que tal vez tu hija no haya triunfado tanto como te imaginabas y no va a poder mantenerte al mismo tiempo a ti y a su hijo o hijos. Y aunque la odies por ello y odies al mundo entero y el mundo entero te odie a ti, inexplicablemente, tendrás ganas de seguir viviendo.

POL: ¿Eso es lo que estoy pensando?

JOSEP: Sí. Piensas que matarme sería matarte a ti, más o menos.

POL: ¿Ah, sí?

JOSEP: Por eso no lo harás.

.POL: No sé por qué estamos hablando de cosas tan absurdas, la verdad. No es tan grave si Lisa no puede ir a los Estados Unidos. No pasa nada. Ella misma lo dice. Tal vez llegue allí y no se sienta a gusto en aquel ambiente. Lo ha deseado toda su vida porque sabe que allí podrá encontrar a gente que aquí no encuentra, gente como ella, que la entienda, con quien ella pueda hablar de sus fórmulas, de sus teorías, con quien ella pueda realizarse. Pero, ¿quién en la vida puede tener todo lo que realmente desea? Nadie. También es bueno que aprenda eso.

JOSEP: Tranquilo. Se irá. ¿No quieres saber a dónde ha ido Roca?

POL: Me da lo mismo.

JOSEP: No te da lo mismo. Hace ya tiempo, presenté los papeles para solicitar una plaza en una residencia pública. No os quise decir nada. Estudiaron mi caso. Me dijeron que tenía posibilidades. La semana pasada me mandaron una carta donde

me anunciaban que tenían una vacante. Sólo tenía que aceptarla. Yo no quería. Pero... tu hija... ¿Te escandalizarías si te dijera que la quiero más a ella que...? Bah, qué mas da. Roca ha ido hoy a hacer los trámites y a llevar todo el papeleo. Ya está. Problema resuelto. Y de una forma muy simple. El dinero que tu mujer se gasta en mí, a partir de unas semanas, se lo podrá gastar en ella. Yo mismo me he matado a mí mismo y todos contentos. Hala. Ya puedes marcharte, Pol.

POL: ¿Ya se lo has dicho a Anna?

JOSEP: Ya se lo dirás tú. No te quejes. Encima te acabo de regalar un buen polvo.
¿Cuánto hacía que no...?

POL: ¿A ti qué te importa?

JOSEP: Bueno... Creo que, cuando lo hacéis, ella se vuelve más amable y me viene a ver y me pregunta: ¿te encuentras bien, papá? Últimamente no venía muy a menudo. Y cuando venía, no me preguntaba: ¿te encuentras bien, papá? Me decía: sí, tienes muy mala cara, pero, ¿y yo, qué?

POL: ¿No se lo quieres decir tú? La harías tan feliz.

JOSEP: Ni hablar. Se creería que lo he hecho por ella.

POL: ¿Por quién lo has hecho, entonces?

JOSEP: Por quien, no. Por qué. Lo he hecho por dignidad. Y porque empiezo a estar cansado. Cansado de no morirme.

POL: No te vas a morir por entrar en la residencia, Josep.

JOSEP: Eso ya lo veremos. Hala, vete ya, Pol, hombre tranquilo.

POL: ¿Eh?

JOSEP: Nada. ¿No te han dicho nunca que te pareces a John Wayne?

POL: No. Nunca. ¿Me parezco a él?

JOSEP: En nada. Por eso no te lo han dicho nunca.

POL: Por cierto, hablando de hombres tranquilos... ¿Qué pasará con Ricky? ¿De qué trabajará?

JOSEP: ¿Ricky? ¿Y quién es Ricky?

27.

LISA: ¡¿De cocinero?!

RICKY: Sí.

LISA: Pero, ¿dónde?

RICKY: Cerca de donde vive tu abuelo, en el bar de la esquina. Él me ha proporcionado el trabajo. Es muy amigo del dueño del bar.

LISA: Mi abuelo... sin ti... Allí, él solo...

RICKY: No estará solo.

LISA: Espero que vayas a visitarlo a menudo... ¿Lo harás, verdad? ¿Me lo prometes?

RICKY: Sí. Te lo prometo. ¿Y tus padres? ¿No están?

LISA: No. Se han ido a pasar el fin de semana a la montaña. Ja ja ja.

RICKY: ¿De qué te ríes?

LISA: Nada, cosas mías. Por suerte, no me han pedido que fuera con ellos. ¿Sabes?, yo odiaba los fines de semana fuera de casa con mis padres.

RICKY: ¿Por qué?

LISA: Pasaba tanto miedo. Siempre durmiendo en camas diferentes. Hoteles perdidos en mitad del campo, apartamentos solitarios en la playa... y siempre aquellos gritos durante la noche...

RICKY: ¿Gritos?

LISA: Pensaba: se están pegando, se hacen daño, acabarán matándose... Y les veía a la mañana siguiente con aquellas risitas y aquellas miradas de complicidad y de sosiego... ¿Era preciso pasar por toda aquella violencia nocturna para obtener la felicidad del día siguiente? No lo entendía y me daba miedo, mucho miedo. Ja ja ja. Cuando supe lo que era, no puedes imaginarte el peso que me quitó encima. Pero la sensación de miedo, todavía la recuerdo. Y la convicción a la que llegué: que jamás podrás ser feliz si antes no has pegado, destrozado, torturado y hecho daño a quien supuestamente amas. No existe la felicidad sin la guerra previa.

RICKY: Como en el fútbol. Cuantas más dificultades encuentran los jugadores para marcar, más intensa es la felicidad cuando llega el gol.

LISA: Es cierto. Venga, vamos allá. ¿Tienes la dirección electrónica?

RICKY: Lo he apuntado todo en este papel. Toma.

LISA: ¿Es una hora buena para conectarse, allí?

RICKY: Perfecta. Y está esperando la llamada.

LISA: Traigo el portátil.

RICKY: Qué casa más bonita tenéis. Qué grande. Qué luminosa. Y qué muebles tan...

LISA: Eso, mamá, que tiene muy buen gusto. Ya está. Ven, siéntate aquí. Coge los auriculares y pónelos. Dame el papel. Ahora abrimos aquí. Espérame, hazme un sitio. Cuando conteste, tú, aunque le veas por la pantalla, mira aquí, a este puntito, que es la cámara. Así él verá que le miras. E intenta no hablar encima de él. El micrófono es este bultito que hay en el cable de los auriculares. No es necesario gritar mucho. ¿De verdad que no lo has hecho nunca?

RICKY: Chatear, sí, pero sin imagen.

LISA: Mira, ya estamos conectados.

RICKY: ¡Le veo! ¿Hola? Hola, Carlitos, ¿me oyes? ¿me ves? Carlitos, qué grande estás. Y qué guapo. ¿Cómo estás, mi amor? ¿Cómo estás? Tenía tantas ganas de verte... Carlitos, ¿te cuidan bien, mi amor? Así me gusta. ¿Quién hay contigo? Ah. No, es igual, no, dale un saludo de mi parte. ¿Yo? En casa de una amiga. Una muy buena amiga. Claro. Ven aquí, Lisa, que Carlitos quiere conocerte. Se llama Lisa.

LISA: Los auriculares. Hola, Carlitos. ¿Cómo estás? No nos conocemos, pero tu padre me ha hablado mucho de ti. Y hoy he ido a comprarte un regalo. Tu padre te lo dará cuando vaya a verte dentro de dos semanas. Sí, lo tengo aquí. ¿Lo quieres ver? Pásamelo, Ricky.

RICKY: ¿Seguro? ¿Y si no se lo toma demasiado bien? ¿No se... afectará?

LISA: No. En absoluto. Ahora verás. Mira, Carlitos. Es una caja. ¿La abro? ¿Te lo digo antes? Es un balón del Futbol Club Barcelona. Del Barça, sí! Con las firmas de todos los jugadores. Sí, claro, la de Messi, también. Míralo. ¿Te gusta? No grites tanto, que me vas a dejar sorda... Ja ja ja.

RICKY: Lisa... Lisa...

LISA: ¿Sabes que la tierra es redonda, como este balón, Carlitos? ¿Y que un futbolista extraterrestre gigante le pegó una patada tan fuerte que aún sigue dando vueltas y vueltas sin parar? ¿Lo sabías? ¡Anda! ¿Sí? ¿Y sabes cuánto tiempo falta para que la pelota-tierra llegue a la portería? ¿Sí? Dímelo. Noooo,

mucho más. ¿Que dónde estaremos nosotros entonces? Pues muy apretujaditos y juntitos todos dentro de la pelota, Carlitos. Dentro de la pelota.

RICKY: Lisa...

LISA: ¡Ricky, por lo que más quieras, haz el favor de dejar de llorar! ¡Y si no puedes evitarlo, tápate la boca, que puede oírte! ¡Ay! ¡Ay!

RICKY: ¿Qué te pasa?

LISA: Sigue hablando tú con él, me he mareado. Ay, que me está entrando un ataque de ansiedad.

RICKY: ¿Por qué?

LISA: Por lo que te he dicho. Por cómo te lo he dicho.

RICKY: ¿Eh?

LISA: “¡Ricky, por lo que más quieras, haz el favor de dejar de llorar! ¡Y si no puedes evitarlo, tápate la boca, que puede oírte!”

RICKY: ¿Qué pasa?

LISA: ¡No puede ser! ¡Era exactamente mi madre hablando con mi padre! Las mismas palabras, el mismo tonillo, entre despectivo y cariñoso. ¡No! ¡Qué horror! ¡No, yo no soy así! Ni hablo así. Ni debo tratarte así. Ay, que me da un ataque de ansiedad. Por favor, Ricky, ayúdame. Ayúdame a matar a mi madre, que se ha metido dentro de mí. Ay. Ay. Ay.

RICKY: Espérate un segundo, Carlitos, mi amor, tenemos un pequeño problema.

28.

ANNA: ¿Qué vamos a hacer con todas las cosas del piso que no podrás llevarte a la residencia?

JOSEP: Es todo tuyo.

ANNA: No quiero nada.

JOSEP: Las regalas o las tiras.

ANNA: De acuerdo.

POL: Hay muchas cosas que pueden aprovecharse.

JOSEP: ¿Ah, sí? ¿Cuáles?

POL: La tele, el equipo de música, los libros, los discos.

JOSEP: El equipo de música y los discos me los llevo a la residencia. Faltaría más.

POL: Pues... la tele, la lavadora, el lavavajillas, el microondas...

JOSEP: Son todos de pésima calidad. ¿O te crees que tu mujer me compraba las mejores marcas? Y una mierda. ¿No sabes la cantidad de reparaciones que tiene cada uno de esos trastos? Y las reparaciones las pagaba yo con el dinero de mi pensión. Que conste. Por querer ahorrar, hemos acabado pagando más, y encima, todo va a ir a parar a la chatarrería... Como yo. Ja ja ja. Sí, yo también he sido toda la vida un trasto de marca cutre que han tenido que ir reparando y remendando y por eso también estaba condenado a ir a parar allí: a la chatarrería.

ANNA: Papá.

JOSEP: Ni papá ni leches. Se acabó. Venga, fuera de aquí. Largo. No sé para qué habéis venido a verme. Tu padre ya está muerto, hijita, ya le has matado, ya está, a partir de hoy ya no te voy a costar ni un céntimo, yo ya no existo, estoy fuera de juego.

ANNA: Eso no es verdad.

POL: Hemos venido para decirte que Lisa y Rocky se casan.

JOSEP: Ya. Fue idea mía.

ANNA: ¡¿Qué?!

JOSEP: Claro. Así Ricky podrá obtener los papeles, podrá traer aquí a su hijo y con un poco de suerte le operarán las piernas gratis en un buen hospital. Cuando el niño esté mejor, seguramente Lisa ya habrá acabado sus estudios en los Estados Unidos, se divorciarán, y tan amigos, como ahora. ¿Qué creíais, que se casaban por amor? Ja ja ja. Pero, ¿en qué mundo vivís? Ay, qué risa. Ay, si os vierais las caras. Ay, me parece que me he meado encima. ¿Puedes cambiarme el pañal, Anita, pequeña mía? Bueno, eso de pequeña es un decir, claro, porque ya debes de tener faltas en la regla, ¿no? Ha ha ha.

ANNA: No sé si sabré hacerlo.

JOSEP: Pues, ¡aprende! Y ahora, ¿por qué lloras, Anna, eh? ¿Por qué cojones estás llorando? ¿No has conseguido lo que querías? ¿Cómo siempre?

ANNA: Llevas razón. Me he hecho vieja, papá. Ahora sí que me he hecho vieja de verdad.

JOSEP: Te jodes. Pol, llévatela a comprarse una crema antiarrugas, a ver si así se calma un poquito. Huy, no, que estamos en crisis y tenemos que prescindir de cosas superfluas. Pero no. Una buena crema antiarrugas no es ninguna cosa superflua. Si no, no lloraría porque se está haciendo vieja, ¿verdad?

POL: ¿Y yo qué sé? ¿Quieres que te acompañe a comprar una crema antiarrugas, cariño?

JOSEP: ¿Qué ha sido ese ruido?

POL: El espejito de la polvera. Se le ha roto.

JOSEP: Huy, siete años de mala suerte, cariño.

ANNA: ¡No se me ha roto! ¡Lo he roto yo! Si lo rompe uno, no hay maleficio.

POL: ¿Vamos a comprar la cremita, mi vida? ¿Y una nueva polvera?

ANNA: ¡No! ¡¡¡Nooooo!!! ¡¡¡Lo que quiero es que os pudráis todos en el infierno, todos!!!
¡¡¡Ahhhhhh!!!

Anna destroza todo lo que está a su alcance en un arrebato.

Luego, silencio.

JOSEP: Ésta es mi niña.

29.

LISA, *sola en la oscuridad*: ¿Cuántas pelotas de fútbol dan vueltas y vueltas sin parar por todo nuestro universo, chutadas por un equipo de hijos que alguna vez desearon secretamente la muerte de sus padres? ¿Cuántas de esas pelotas llegarán algún día a una portería y se convertirán en goles? ¿Habrá habitantes de otros universos contemplando nuestro partido? ¿Cuántos? ¿Millones, billones, trillones? ¿Estallarán todos ellos en un éxtasis colectivo, exultante, orgiástico, cuando por fin se produzcan los goles? ¿Habrá un universo rival que se deprimirá? ¿Qué probabilidad hay de que todo esto sea posible? Voy a hacer la fórmula...

Lisa empieza a decir números, levita y desaparece flotando en un universo lleno de balones de fútbol.

Fin.